

Tepito: del estigma al *arte acá*.

Promotores culturales y la (re)construcción de la identidad

Mesa 1: Organizaciones culturales urbanas

Javier Alejandro Bruno Sánchez

Universidad Iberoamericana Ciudad de México

alejandro.bruno@outlook.com

*Tepito existe porque todavía resiste,
manteniéndose quieto cómo un resorte y listo
cómo un cerillo.*

Alfonso Hernández

La presente ponencia se propone exponer algunos de los procesos que han estigmatizado la imagen del llamado “barrio bravo” de Tepito, ya que, las políticas públicas han tendido, históricamente, a mantenerlo como un espacio de marginalidad. Sin embargo, distintos esfuerzos se han orientado a deshacer los prejuicios que se tienen hacia este lugar emblemático de la Ciudad de México, por parte de distintos promotores culturales y colectivos de artistas, los cuales han buscado exaltar la parte creativa y el ingenio popular, los oficios, y la cohesión vecinal de los tepiteños.

En nuestros días, segunda década del siglo XXI, la Ciudad de México se nos presenta como un lugar en perpetuo movimiento, una megalópolis que no descansa. Lo que vivimos hoy, es el resultado de un crecimiento, carente de planeación, que comenzó durante los últimos años del siglo XIX y que, no sólo no se ha detenido, sino que se acelera al ritmo que marca la gentrificación y los intereses de la élite que detenta el poder. Constantes oleadas de inmigrantes han llegado a la gran urbe en busca de la promesa incumplida de prosperidad, especialmente fallida en el campo. La conformación del área metropolitana ha requerido ciudades satélites a la ciudad original, en las que millones de habitante, rápidamente, se han instalado.

Hoy en día, el paisaje urbano nos muestra ríos kilométricos de automóviles, inmensos centros comerciales, lugares de entretenimiento, y el sistema de transporte (cada vez menos) público, como espacios donde convergen millones de historias que se entrelazan de forma anónima día con día. Por otro lado, como método para hacer más eficiente el tiempo -el día y la vida-, la constante movilidad mobiliaria ha fomentado que se levanten condominios de forma desmesurada. Se tiran unos para que surjan otros. Estos factores han contribuido a que el movimiento físico e imaginario de los pobladores de la ciudad pierdan la identificación con el barrio en el que habitan.

En cuanto a la formación de comunidad, paulatinamente han desaparecido los barrios tradicionales de la Ciudad de México, especialmente, los ubicados en el centro de la misma, a partir del cambio de uso de suelo de habitacional a comercial. Dichas transformaciones han ocasionado que “la Ciudad de México se haya expandido, fragmentado y, al mismo tiempo, multiplicado por sí misma. Ella no constituye ya un lugar de identidad, ni relacional, ni histórico. La capital del país es, ahora, un mundo prometido a lo individual, lo provisional, lo efímero” (Waldman, 1998:91).

En nuestros días, la fusión entre espacio e identidad, relación lógica para la modernidad, se difumina. Nos enfrentamos a la pérdida de la concepción de territorio como referente de identidad cultural. No era así, en cambio, anteriormente, cuando pertenecer a un espacio determinado constituía *a priori* las características, las cualidades, y diferencias de un individuo mientras que, por otra parte, confería *a posteriori* una función en un grupo estable (Maffesoli, 2000:42).

¿Por qué hablar de identidades?

Sin lugar a dudas, el hablar de *una* identidad tepiteña, cómo única y homogénea, sería caer en la ingenuidad, el idealismo, o en la total perversidad. El “homo tepitecus” –como lo ha bautizado Alfonso Hernández, hojalatero social y cronista del barrio-, tiene distintas facetas: el comerciante, la boxeadora, las “gardenias” (equipo de futbol de travestis), la albuera, el diablero, el bodeguero, el burrero (narcomenudista), el pregonero, el muralista, las cabronas, los obstinados...

Sin embargo, podemos encontrar rasgos que las personas que viven, ocupan, interactúan, transforman, y se dejan transformar por el barrio de Tepito, comparten, lo cual me lleva ha llevado a observar que, efectivamente, Tepito existe porque resiste.

Al hablar de la gama de rasgos o componentes de las identidades tepiteñas, podemos nombrar tres componentes principales (Tajfel, 1984): el *cognitivo*, es decir, el sentido del conocimiento de que uno pertenece, se refiere, o se diferencia de un grupo; el *evaluativo*, en el sentido de que la noción de grupo y/o de la pertenencia, referencia, o distinción de uno a él puede tener una connotación valorativa positiva o negativa; y, finalmente, un componente emocional, el cual se refiere a que los aspectos cognitivo y evaluativo del grupo y de la propia pertenencia o referencia a él pueden ir acompañados de emociones (amor, odio, orgullo, vergüenza), hacia el propio grupo o hacia los grupos que mantienen ciertas relaciones con él, y más allá, como influencia sobre el conocimiento mismo.

Nuestro Enemigo, el Estado

Recurro a las palabras que usó Albert J. Nock para nombrar a su brillante texto, para adentrarme en la discusión sobre el papel del Estado en la ciudad de México y, en particular, el caso de Tepito, cuyo espacio y habitantes, a través del tiempo, han sido estigmatizados, segregados, y desplazados.

La caída del Estado-nación, vinculada con el auge de la globalización, es para bien y para mal, un proceso que nos guía a tener una conciencia global, pero que tiende a la homogeneización a través de procesos económicos, tecnológicos, y culturales. En este sentido, existe un proceso de ruptura con las identidades asociadas al territorio y, considerando el enfoque local de este ensayo, a la identidad barrial. Como lo afirma Gilda Waldman (1998:91), “la reordenación del espacio urbano se ha traducido en una nueva geografía en la cual los habitantes de la megaurbe ya no se reconocen en ella. Las calles ya no son espacios comunales, sino espacios de apropiación excluyentes”. De esta forma, los vínculos que asociaban a los individuos a un espacio territorial que les confería una identidad y sentido de pertenencia, han quedado olvidados.

Por otro lado, ya que no pretendo aquí caer en melancolías inservibles, sin duda es destacable que ese tipo de lealtades que incitaban a la inmovilidad, se terminen. Ese “confinamiento domiciliario” (Foucault, 2003:93-112), entendido como una etiqueta

identitaria otorgada por los aparatos de poder es, según Foucault, una finalidad de la sociedad panóptica, para ubicar y clasificar a los individuos y controlarlos, otorgando un lugar para cada quien y, por lo tanto, dejando a cada quien en su lugar.

Una vez que se difumina la función contractual del individuo y su comunidad, los movimientos sociales de los barrios, que tanta fuerza llegaron consolidar, hoy se fragmentan. La organización conseguida para luchar por vivienda y servicios que había caracterizado a los tepiteños, por ejemplo, durante el siglo XX, se debilitó y, ante la indiferencia vecinal, no se manifestó para contrarrestar los embates ante la compra-venta de viviendas por comerciantes extranjeros.

Podemos introducir, entonces el concepto de “arraigo dinámico”, el cual se puede definir como aquel donde “se pertenece por entero a determinado lugar, pero nunca de manera definitiva” (Maffesoli en Arditi, 2000:41), pues dicho término podría abrirnos una puerta para comprender la complementariedad que supone un movimiento que une y fragmenta al mismo tiempo. De esta manera, podemos articular nuevas formas de integración urbana, entre el bombardeo visual de imágenes globalizantes, y aquellas instancias locales en las que se reconstruyen conflictos propios, memorias colectivas e identidades particulares. Esto daría como resultado, un sinnúmero de mutaciones culturales, cuyos signos más visibles se expresarían en nuevos posicionamientos, identificaciones, identidades, y diversidad cultural, articulación entre lo tradicional y lo moderno, representaciones y apropiaciones simbólicas. “Hablamos de una vivencia de cercana-lejanía con lo global y de una proximidad-distancia con lo local, se trata de lo que llamaríamos una ‘mudanza territorializada’.” (Maffesoli, 2004:5) De tal forma, las identidades barriales y, aún más, las estigmatizadas, han roto sus fronteras y, al parecer, tratan de quebrantar su confinación.

Cabe, entonces, introducir el papel de la gentrificación y del Estado, en el caso de la ciudad de México, hablamos del gobierno del Distrito Federal y la administración federal. La lógica capitalista, en cuanto a los proyectos de desarrollo urbano, están orientados a la destrucción de la diversidad, con base en la segregación espacial. Existen dos factores dentro de este aspecto: la invasión de un área o barrio urbano, por parte de usuarios con mayor poder adquisitivo que los residentes anteriores y, en segundo lugar, el alza generalizada de los precios del suelo e inmuebles.

Son dos, entonces, los principales problemas generados por la gentrificación: la “expulsión” de la vivencia social/económica, y la proliferación del gueto, es decir, el negocio inmobiliario el alimenta de la estigmatización de aquellos barrios populares “atractivos” para los promotores, estigmas territoriales que hacen crecer la “brecha de renta” y construyen legitimidad para los *bulldozers* (Sabatini, 2015).

La marginalidad como motor de la identidad y resistencia

En el caso de los tepiteños, la identidad cultural se institucionaliza a partir de la exclusión. Mediante atributos que acaban por clasificarlos e inscribirlos en una ley de verdad que deben reconocer en sí mismos y los otros reconocer en ellos (Mendoza, 2006, 22). Es decir, una serie de tipificaciones a las que los individuos son arrojados y que, finalmente, terminarán por introyectar (Heidegger, 1975:72).

En otras palabras, “la mala imagen” de los habitantes del barrio, a partir de los años cuarenta, les gana el mote de “el Barrio Bravo”, un calificativo que mezclaba, a la vez, la valentía (en el boxeo, por ejemplo), el crimen, y la agresión. Al caer y perpetuar las mencionadas clasificaciones justifican, al mismo tiempo, el control y la vigilancia (Foucault, 1998).

En dicho sentido es importante hacer una diferencia entre identidad social real e identidad social virtual (Mendoza, 2006:24), sin comprender ésta, es difícil tener clara la función del estigma como explicación, expiación, y justificación. “Todo esto, hace que Tepito tenga un atractivo adictivo a la transgresión, pues asesorados por la señora Pobreza y la Musa callejera, el barrio funciona como un observatorio con su propia agencia de análisis de cualquier proceso socioeconómico, frente a las engañosas categorías del Estado y las cifras del INEGI.” (Hernández, 2013)

La bravura tepiteña es, en este sentido, una estrategia de supervivencia:

“La gente de Tepito se autodefine como ‘brava’ y su barrio es identificado por buena parte de la población de la Ciudad de México, como el ‘barrio bravo’. Dicho atributo hace referencia a la capacidad casi innata de las mujeres y los hombres de Tepito, para enfrentar las adversidades de la vida, y cualquier tipo de obstáculo que se les ponga por delante, haciendo uso en muchas ocasiones de la violencia verbal o física.

Saber pelear a los golpes o ‘aventarse los tiros limpios’, es una estrategia de supervivencia que se aprende desde la infancia.” (Grisales, 2003:14)

En 1958, Tepito fue considerado como parte de una región nombrada “Herradura de tugurios” por parte del Instituto Nacional de Vivienda. Como parte de dicho diagnóstico, se hacía referencia a las malas condiciones de vida de la población capitalina que no participaba del “milagro mexicano” y que, tampoco, se beneficiaba de las políticas del “desarrollo estabilizador” (Ortiz Mena, 1998). En este lapso, la situación económica y social del barrio llegaba a niveles de degradación que impresionaban a propios y extraños.

Hasta mediados de los setentas, la vida cotidiana en el espacio público de Tepito se desarrollaba en torno al patio de la vecindad, al taller, la calle y el tianguis local, los cuales se constituían como el ámbito de interacción social. En ese periodo, la vida cotidiana estaba marcada por la necesidad económica, de manera que la supervivencia dependía de las redes familiares-vecinales, y de las pequeñas unidades económicas sostenidas por éstas. (Conde, 1985:83)

Como parte de las mutaciones físico-espaciales que se vivirían en todo el barrio, el gobierno dio inicio al “Plan Tepito”, un proyecto que abarcaba todo el barrio y que buscaba demoler la vivienda en vecindad para ser sustituida por unidades habitacionales de interés social. (Grisales, 2003:100) Durante los setentas, se realizaron varias acciones colectivas de este tipo, originadas por la demanda de mejores condiciones de vivienda y por el acceso a fuentes de ingresos del mercado legal, especialmente, para la creciente población de jóvenes. Se conformaron, dentro de esta lógica, la Comisión del 40 de Tenochtitlán y la Asociación de Inquilinos de la Colonia Morelos-Tepito. Dentro de éstas participarían personajes que luego serían los principales líderes del barrio, en el ámbito del comercio informal, como gestores de vivienda popular, y como promotores culturales (Grisales, 2003:108).

La organización ciudadana y la nueva configuración del espacio público, jugaron un rol renovado como lugar de exposición y reafirmación de las identidades locales. Además, en aquellos años, el trabajo cultural dio especial importancia a la construcción de lo común para los miembros del barrio. Un ejemplo de lo mismo, fue el montaje de la exposición “Conozca México, visite Tepito”, en la Galería José María Velasco. En la misma, se

presentaron obras plásticas de artistas locales. (Chapela, 2012:80) Se dio, entonces, un combate al estigma de la faceta violenta y miserable del tepiteño, por medio de las actividades de promoción cultural, vinculando los contenidos simbólicos del barrio, como parte de la riqueza histórica mexicana.

En dicho contexto, surgió el movimiento Tepito Arte Acá, el cual consideró que en el barrio se daba una síntesis de lo mexicano, promulgando un retorno al pasado como única forma de enfrentar al presente. Para este colectivo, la cultura de Tepito era “la verdadera cultura nacional”, resultado del mestizaje. Los esfuerzos por la reafirmación de la identidad colectiva en torno a lo tepiteño, derivaron en la fundación de varias asociaciones de gestión cultural comunitaria, foros, centros culturales (Como el Centro de Estudios Tepiteños) y la Biblioteca de la Juventud. (Chapela, 2012:84)

Ante la gran movilidad cultural, el gobierno federal reaccionó y comenzó la interlocución con los movimientos de comerciantes e inquilinos, que poco tiempo más tarde, comenzarían a tener plazas en la Delegación Cuauhtémoc y otros cargos públicos. Los liderazgos divergieron y comenzó la oposición al Plan Tepito. Estudiantes y académicos trabajaron de cerca con los habitantes del barrio para construir una contrapropuesta para la construcción de nuevas viviendas que no afectaran los ciclos de vida tradicionales que se basaban en la integración del espacio laboral y vivienda. (Rosales Ayala, 1986:26).

La llamada “bonanza fayuquera” (Grisales, 2003:94) se vino abajo después de la crisis de inicios de 1995, en conjunto con la entrada de México en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Ante esta situación, los consumidores podían encontrar los mismos productos, a un menor precio, en locales establecidos (es decir, con garantía), y con seguridad. Por otra parte, las familias vinculadas a la producción artesanal, perdieron mercado al enfrentarse a mercancías producidas en Asia. Ante este nuevo panorama, varios comerciantes optaron por un nuevo tipo de mercancía, entrando al narcotráfico, y la producción y venta de mercancía pirata, además del contrabando de armas de fuego.

El régimen neoliberal, entonces, permeó todo el aparato estatal, incluyendo el ámbito de las políticas urbanas. En ese entorno, uno de los temas de la agenda pública para el Distrito Federal, fue el fenómeno del ambulante. Durante los últimos años del régimen priista, se mantenía una política de prohibición al ambulante (aunque no se llevara

cabalmente a la práctica), acompañada de permisos restringidos, e intentos por reubicar a los comerciantes informales en plazas bien establecidas.

En 1997, se realizaron las primeras elecciones para nombrar a un Jefe de Gobierno de la capital, mismas en las que el Partido de la Revolución Democrática resultó el gran vencedor, obteniendo la cabeza del gobierno local, además de la mayoría de las delegaciones, incluida Cuauhtémoc, en donde se localiza Tepito.

En este periodo, encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas, los programas y leyes encaminados hacia la regularización de la venta en vía pública se mantuvieron, por lo que el otorgamiento de permisos y el pago de cuotas fueron incluidos en las leyes, los gobiernos delegacionales iniciaban la elaboración de padrones de comerciantes autorizados, instituyendo, por otro lado, infracciones por la venta no autorizada (Meneses, 2010:20). Es importante señalar que el desarrollo de las políticas relacionadas a la informalidad tuvo especial énfasis en la zona centro de la capital.

Entre 1997 y 2000, la Jefa Delegacional, Dolores Padierna, comenzó a operar para que se desarrollara una plaza comercial en el espacio ocupado por el deportivo Tepito, en el corazón del barrio. De acuerdo con el cronista y estudioso del barrio, Alfonso Hernández, el interés del grupo de Padierna era controlar los ingresos provenientes de los estacionamientos, razón por la cual, los líderes de los comerciantes se negaron a permitir la realización del proyecto.

Por otro lado, en los siguientes años, el narcotráfico comenzó a tener un auge sin precedentes, y la actividad local comenzaba a relacionarse con grupos delictivos de relevancia nacional, al punto que la prensa denunció que existían relaciones entre los traficantes del barrio y el cártel de Tijuana, liderado por los hermanos Arellano Félix. Se llegó a hablar, incluso, de que existía el cártel de Tepito (El Universal, 17 de enero de 2008).

En los años 2000 y 2001, se llevaron a cabo grandes decomisos de mercancía robada y de contrabando, ante los cuales se suscitaron violentos enfrentamientos que reavivaron la idea de que se trataba de un barrio de delincuentes (Sánchez Salas, 2006:67-70). Comenzaron a proponerse, entonces, distintos proyectos de intervención, como por ejemplo un programa denominado “Tepito mi barrio” (que no se concretó) y, en 2007, Arturo Aispuro, representante de la Secretaría de Desarrollo Urbano del Distrito Federal, anunció

la invitación formal que se hizo a un grupo de más de cien inversionistas -destacando Carlos Slim y Alejandro Martí-, para instalar sus negocios en el Centro Histórico, es decir, restaurantes de la cadena Sanborn's y tiendas deportivas Martí (El Universal, 24 de marzo de 2007).

Un mes antes de esta invitación, el gobierno capitalino había expropiado uno de los condominios donde se concentraban las operaciones delictivas del barrio, conocido como "La Fortaleza" (Proceso, 14 de febrero de 2007). La operación se repitió en dos conjuntos de locales comerciales más. En los predios expropiados se planeó construir un edificio dedicado a la salud y educación. Al año siguiente, en 2008, los operativos contra las bodegas de los comerciantes continuaron, lo que provocó manifestaciones de los mismos y, eventualmente, un espacio de negociación entre ambas partes.

Durante los últimos años se han registrado distintas notas relacionadas a acontecimientos que tienen que ver con operaciones policíacas al interior del barrio, todas ellas relacionadas con narcomenudeo, piratería, y secuestros. Los acontecimientos más recientes fueron el secuestro y asesinato de 13 personas, identificados como residentes de Tepito, "levantados" en el bar "After Heaven" ubicado en la Zona Rosa de la Ciudad, el 26 de mayo del año en curso, relacionado directamente al narcotráfico (Proceso, 4 de septiembre de 2013), y la ejecución de 4 personas en un gimnasio de la calle Panaderos, en junio pasado (Excélsior, 6 de junio de 2013).

En 2002, un grupo de inversionistas liderados por el hombre más rico de México, Carlos Slim, contrató al ex alcalde de la ciudad de Nueva York, Rudolph Giuliani para asesorar al entonces Jefe de Gobierno del Distrito Federal, Andrés M. López Obrador. La política de "tolerancia cero" que hizo famoso al neoyorkino, junto con sus 146 recomendaciones serían implementadas al pie de de la letra, según el entonces secretario de seguridad, Marcelo Ebrard, sucesor de López Obrador en el puesto.

Giuliani instaló, entonces, un laboratorio en el centro de la capital, a unas cuadradas de Tepito, con el propósito de determinar los resultados de la tolerancia cero. Ya en su gestión como alcalde había tenido un rotundo éxito lanzando a los "indeseables" a los márgenes de los barrios en las afueras de Nueva York.

Diez años después hemos podido probar la efectividad del plan, en estos días es posible caminar por las calles del centro con seguridad -con teléfonos públicos de Telmex

cada 50 metros-, y con la confianza de que los comerciantes y delincuentes se encuentran a las orillas de la zona, es decir, en el segundo perímetro del centro, donde se encuentra Tepito.

El impacto de la tolerancia cero está en el *performance*, en el espectáculo mediático y el impacto de la teatralidad en el público en vivo y, más aún, para quien lo ve por la televisión. El despliegue de cientos de policías sirve para dar la ilusión de autoridad, tanto para quien ha sido víctima de la delincuencia, como para el criminal en potencia. El acoso a los habitantes de Tepito, por medio del “detener-y-revisar”, legado de Giuliani (Knoll, 2013), se convierte en una imposición molesta, hacia los tepiteños, por parte del Estado que con dichas acciones afirma: “estoy aquí”. El problema real de la delincuencia no se esfuma con la presencia de policías, ellos no abren nuevas oportunidades de empleo, no preparan al ciudadano con mejores herramientas para el mundo laboral, ni ejecutan los programas de desarrollo.

Con detenciones arbitrarias se incentiva la emigración del barrio, con el “ambiente de toque de queda en Tepito, ya pocos quieren salir de noche.” (Knoll, 2013) Reavivando la imagen de delincuentes, nadie se sorprendería y, aún mejor, nadie se opondría, a que cada día existan más desalojos. El barrio de Tepito, en ese sentido, no ha cambiado, continúa siendo “escenario de la reproducción social de amplios sectores económicamente marginados y socialmente excluidos”. (Hurtado, 2013)

Ni el corporativismo, ni el populismo, ni intermediarios políticos han servido ante los tepiteños, para ellos la identidad se basa en historia, territorio y actividad económica:

Nuestro arraigo y pertenencia al mismo solar nativo de aquel México-Tenochtitlan, donde el tianguis de Tlatelolco era el centro de comercio de los aztecas, y en el que entonces Tepito era llamado Mecamalinco, por ser el barrio de los mecapaleros que trasportaban las mercaderías.

Nuestra identidad barrial se identifica por nuestras formas de trabajo y vida propias, por nuestro estado de ánimo, por nuestro modo de ser, y por nuestro estado mental. El lado oscuro de Tepito es su cultura. El TepitOculto.

La matriz cultural de Tepito, es semejante a una escuela de supervivencia, en la que la señora pobreza y la musa callejera, siguen siendo nuestras maestras.

Por eso, en la historia de la ciudad de México, Tepito lo ha sido todo: modesto barrio indígena, miserable enclave Colonial, arrabal de la Ciudad de los Palacios, y territorio de obstinada resistencia contra el urbanismo depredador. (Hernández, 2012)

Autogestión de la cultura; Reapropiación de la identidad

De la costumbre romántica identificada por la conformación de perspectivas idealizadas del pueblo y algunos de sus rasgos “característicos”, cobraron fuerza conceptos que recuperaron positivamente la dimensión de lo tradicional conformando diferentes perspectivas sobre la cultura popular. A partir de mediados de la década de los años setenta se han realizado una gran cantidad de investigaciones y textos que utilizan el concepto de cultura popular, o culturas populares para el análisis de la compleja realidad de los sectores subalternos. No obstante su profusa utilización, prevalece una visión heterogénea y polisémica de lo popular y sus implicaciones culturales.

En México la discusión sobre las culturas populares cobró relevancia en un contexto de intensos procesos de urbanización poblacional, incrementados con migraciones del campo a la ciudad en la etapa posrevolucionaria. Este dinámico escenario se aprecia adecuadamente cuando observamos que en 1960 tres quintas partes de la población habitaba zonas rurales, mientras que en actualmente más de las dos terceras partes lo hacía en áreas urbanas. La comprensión de los fenómenos culturales que esta situación conlleva planteaba complejos problemas a los antropólogos quienes se encontraban más familiarizados con el estudio de comunidades indígenas y campesinas, mientras que los estudios de las culturas urbanas eran escasos. Este nuevo escenario condujo a las ciencias sociales a inéditas problematizaciones sobre los problemas de los trabajadores urbanos, las condiciones socioculturales de los inmigrantes, sus acciones colectivas comunitarias, sus expresiones culturales, la recreación de imaginarios sociales (Valenzuela, 2003).

En el caso particular de Tepito, donde no sólo emergieron actividades comerciales sino también actividades culturales: “Tepito Arte Aquí” ha sido uno de los grupos iniciadores de los movimientos culturales en el barrio y es el grupo cultural (algunos dirían “culturoso”) que más se conoce fuera del mismo. Como unión de pintores, actores, escritores, y músicos ha procurado, sobre todo en sus inicios -en los años setenta- de promover un arte “diferente” –antiburgués, anticonsumista, inmediato y con impacto social.

El arte debía ser comprometido con Tepito y las necesidades tanto socioeconómicas (vivienda, trabajo) como espirituales (“arte para todos”) de sus habitantes

Para expresar sus ideas, los artistas empezaron a usar muros deteriorados para convertirlos en murales, las calles en escenarios de teatro y papel en boletines y pequeñas revistas que difundieron las ideas de Arte Acá. El grupo así logró crear nuevas concepciones de arte y trató llevar su arte más allá de los límites del barrio, sea en otros barrios de la Ciudad de México sea en otros países. Un ejemplo de hibridismo es la obra del artista tepiteño Daniel Manrique. En su dibujo “La Gioconda” usa el “original” de Leonardo da Vinci para convertirlo en una copia propiamente latinoamericana (tepiteña), procedimiento que la chilena Nelly Richard llama “la cita paradójica” (Richard, 1995: 220), la reelaboración por parte de América Latina de obras consagradas por la tradición y la cultura europea.

Aunque nos encontramos con una aparente jerarquía (original vs. copia/pirata), no se puede subestimar el poder subversivo de la “copia” que consigue parodiar el original del centro, invirtiendo así los roles establecidos por el poder hegemónico del centro en cuanto a las invenciones culturales. La versión de Manrique de la Gioconda es una burla clara del original. Sin respeto transforma el artista la expresión de la cara del original para convertirlo en una parodia, con rasgos fuertemente distorsionados que vacilan entre estupidez y borrachera. Colmo de la distorsión del original es el gesto obsceno de la mano de la Gioconda que en el contexto tepiteño consigue dimensión subversiva. La imagen está completada por un texto que dice: “México es el Tepito del mundo y Tepito es la síntesis de lo Mexicano”. Independientemente de los elementos regionalistas de este mensaje, cabe destacar el concepto de los Tepiteños de sí mismos: “Tepito es la representación de lo mexicano, Tepito es el microcosmos, el símbolo para México” (Maerk, 2010:538).

Gracias a esta manera muy específica de tratar y evocar la cultura europea, convirtiéndola en parodia y subversión, creando un espacio de hibridad (García Canclini, 2001:14) con rasgos típicamente latinoamericanos y mexicanos, en los años ochenta Arte Acá se pudo colocar en los circuitos internacionales de la producción de arte: en 1981 Daniel Manrique fue invitado a Toronto (Canadá) por el premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel a realizar varios murales en homenaje a las “Madres de la Plaza de Mayo”,

un grupo de mujeres argentinas que se unieron en dicha plaza para exigir al gobierno militar información sobre sus hijos desaparecidos (Maek, 2010:539).

En mayor o menor medida –y aunque más de uno se ofendería por esta aseveración– los proyectos de difusión cultural actuales son herederos del trabajo y la perspectiva emanada del movimiento “Arte Acá”, y la visión de Daniel Manrique. Hablamos de espacios culturales como el Centro de Estudios Tepiteños (dirigido por Alfonso Hernández, principal vínculo para acercarse al barrio al hacer un trabajo académico), la Galería José María Velasco, el foro “Martes de arte en Tepito”, además de movimientos promotores de la cultura como Obstinado Tepito, la Escuela de Arte al Aire Libre de Tepito (ELITEP), el Colectivo ArTepito, la Red de Espacios Culturales de Tepito, el Centro de Artes y Oficios Escuelita Emiliano Zapata, Los Olvidados, periódico “el Ñero en la Cultura”, Desde el Zaguán, La Hija de la Palanca, Tepito Crónico; Revista Desmadre, Grupo Cultural Entropía, Grupo Caótico, Peña Morelos, Video Popular, Revista Ce- Acatl, Revista Cultural La Tranza, Periódico La Tranza, y Tepito Antiguo.

En un documental de Carlos Plascencia, Manrique describe:

“Tepito es el resultado de un pasado histórico de a de veras. Además de la historia escrita por los historiadores, la historia no escrita que se refleja en la realidad real, además de la realidad ficticia, Tepito representa la neta de la cultura en México, que es, la verdadera cultura popular, la cultura que se ha desarrollado cotidianamente a partir de 1521, a nuestros días. México y los mexicanos somos un chorro de culturas. Juntas, como si fuera mermelada, tocho morocho. Y el resultado es, además del sentido de la cultura popular, la cultura acá.”

Estos actores, que intentan definir la identidad “popular”, van más allá de retratar solamente al barrio bravo de Tepito, proponiendo una sustitución de un estereotipo, estigmatizado con la imagen de la marginalidad y la delincuencia, por otro orientado a enaltecer los oficios y la faceta artística de los vecinos. Esta construcción, centralista y urbana, es plateada por los mencionados promotores culturales desde una posición de “catalizador”¹, es decir, si bien lo que plantean está basado en su lectura de la situación y

¹ La definición de la palabra tiene un par de vertientes:

los procesos de identidad de un barrio históricamente desdeñado, ellos quizá lo utilizan, para legitimar su propio discurso. Éste basado en el supuesto de que, mientras se hable, estudie, y escriba sobre Tepito, éste permanece vigente. De ahí que se diga que “Tepito existe porque resiste”, o que se le llame “Obstinado Tepito”, como ya lo hemos mencionado.

El papel de estos grupos, orientados a cambiar la percepción que se tiene sobre el barrio es fundamental, pero aún lo es más la oposición a una cultura hegemónica. Lo que el Estado mexicano les ha quitado o negado, ellos lo generan o lo construyen. Así como se hace con la piratería. Así como el tianguis del barrio se apropia del espacio público. Así como la Verdolaga Enmascarada se apropia del lenguaje para hablar del albur.

Los desposeídos reviran su posición y nos ofrecen una alternativa de resistencia urbana: si el Estado, como cristalización de los intereses de las élites que detentan el poder, nos impone la expropiación y el desplazamiento, respondamos con autogestión. Ante los bulldozers, la cultura. Ante los condominios, la vecindad. Ante la homogeneización, la diversidad de identidades.

-
1. Sustancia que hace más rápida o más lenta la velocidad de una reacción química sin participar en ella.
 2. Persona o cosa que aviva y da empuje a algo, o que atrae y agrupa fuerzas, ideas o sentimientos

Bibliografía

- Conde Rodríguez, Elsa Guadalupe (1985), *Privatización del espacio urbano en el barrio de Tepito y repercusión psicosocial en la vida colectiva del mismo*, tesis de licenciatura en Psicología, México: Facultad de Psicología-UNAM.
- Foucault, Michel (2003), *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona: Gedisa.
- , (1998), “El sujeto y el poder”, en Dreyfus, Herbert y Rabinon (comps.), *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- García Canclini (2001), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires: Paidós.
- Grisales Ramírez, Natalia (2003), *Barrio y barrialidad en la Ciudad de México: el caso de Tepito*, Tesis de maestría en Antropología, México: Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.
- Heidegger, Martin (1975), *Ser y Tiempo*, México: FCE.
- Hernández Hernández, Alfonso (2013), *Los Marco-Polo de Tepito*, ponencia presentada en el Centro de Estudios China-México, Facultad de Economía de la UNAM.
- Hurtado Arroba, Edison (2013) *Gestión de demandas y vínculo político en colonias populares de la Ciudad de México*.
- Knoll, Andalucía (2013) *El legado de Rudy Giuliani en Tepito, el barrio siempre fiel*, disponible en: http://www.vice.com/es_mx/read/el-legado-de-rudy-giuliani-en-tepito-el-barrio-siempre-fiel
- Tajfel, H. (1984), *Grupos humanos y categorías sociales*, Barcelona, Herder.
- Maerk, Johannes (2010), “Desde acá – Tepito, barrio en la Ciudad de México en *Revista del CESLA*, vol. 2, núm. 13, pp.231-542.
- Maffesoli, Michel (2000) *El tiempo de las tribus, el ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*, México: Siglo XXI.
- , (2000) “Identidad e identificación en las sociedades contemporáneas” en Benjamín Arditi (comp.), *El reverso de las diferencias, identidad y política*, Venezuela: Ed. Nueva Sociedad.

- , (2004) *Del nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*, México: FCE.
- Mendoza Castillo, Elisa (2006), *Identidades estigmatizadas y ciudades posmodernas. Un estudio sobre el orgullo y la vergüenza como forma de pertenencia: el caso de tres generaciones de jóvenes del Barrio de Tepito*, tesis para obtener el grado de licenciada en Sociología, México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.
- Meneses, Rodrigo (2010), *Construcción y movilización del derecho en México: El caso de los comerciantes ambulantes del Distrito Federal*, tesis de doctorado en Derecho, México: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM.
- Ortíz Mena, Antonio (1998), *El desarrollo estabilizador: dos reflexiones sobre una época*, México: FCE, COLMEX.
- Rosales Ayala, Héctor (1986), *Tepito: ¿Recrear el mito o construir la alternativa?*, México: UNAM.
- Sabatini, Francisco (2015), Seminario “Gentrificación en las ciudades latinoamericanas”, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2003), *Los Estudios Culturales en México*. Fondo de Cultura Económica, México. 208-257 p.p.
- Waldman, Gilda (1998) “Reflexiones en torno a una realidad casi inexistente: la literatura sobre la ciudad de México en la década de los noventa”, en *Acta sociológica*, núm. 22, enero-abril de 1998, México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.